

DISTANTE INSTANTE

La única manera de jactarse del tiempo y espacio en el que nos encontramos es conocer de forma perfecta los momentos y lugares recorridos.

Mirar hacia atrás, y descifrar en nuestros pasos de crucigrama las letras, palabras y combinaciones que resultaron en nuestro presente. ¿Pero en qué letras me equivoqué y qué palabras elegí mal para que mi presente resultara así y me arrojara hacia esa aterradora noche?

¿Un simple juego de piedra, papel y tijera?

Haría lo que fuera para cambiar ese día y olvidar el sonido seco que aún me eriza la piel, el escalofriante tronar de su cráneo impactando con el pavimento, daría hasta un brazo para extraerme el horrible recuerdo de su mirada fija como gritándome y apagándose lento a centímetros del asfalto mugroso.

¿Había sido mi culpa? Es decir, ¿ella no hubiera muerto si yo no hubiera luchado por ese amor? Y quiero aclarar que no soy un devoto de San Valentín, ¿pero quién nunca se ha aferrado a la ilusión de sentirse vivo?

De ser bendecido la mayoría de los días por la boca, los labios y besos de quien, por certeza del juicio propio, es el ser más perfecto de la existencia. Y no importó que Don Alejo, su padre, me haya amenazado de muerte la vez que me conoció, que sus efusivos saludos de "golpecitos" al hombro se me quedaran marcados un par de horas en la piel, seguidos del desdén penetrante de su mirada y que los años de frío en su concepción del sol se tradujeran en necesidad de impedir lo nuestro; era sólo su miedo, miedo de volver a perder.

Tal vez debí temer como Don Alejo y dar un paso al costado. Así no la hubiéramos perdido. Y pienso la tarde que hice esa llamada que arregló todo cuando ya lo creíamos terminado, y en la despedida donde luego de algunos pasos en caminos opuestos miré hacia atrás y ella estaba de pie, buscándome. De haber seguido mi camino ese día, sin dudar, ahora añoraría un recuerdo, pero miré hacia atrás y ahora cada noche le lloro a un fantasma.

—No estoy contenta en muchas cosas con mi papá, principalmente que él no está de acuerdo con lo nuestro. Pero ese hombre es lo más valioso que tengo en el mundo, si tú eres mi gran amor, Claudio; él es el primero y el más grande de todos, mi héroe —me comentó Alba.

Luego ambos dijimos: "Es como mi/tu Superman".

—¿Cómo sabías que iba a decir eso? —cuestionó Alba extrañada.

—Porque Superman es el primer superhéroe, el arquetipo perfecto del que todos los demás héroes han bebido por décadas; la concepción de tu hombre perfecto bebe de lo que tu papá es —y no podía creer que yo tuviera una pizca de parecido con Don Alejo, me dieron escalofríos—. Alba resopló un poco y movió la cabeza mientras sonreía y dijo:

—Yo lo decía porque mi papá es el mejor de todos, pero tu ñoñada también puede funcionar —y me miró encantadora y dubitativa—. Sí, sí funciona —sentenció.

—¿Pero me entiendes, verdad? —cuestionó.

—Claro, tuve un padre increíble y una hermana que lo extraña todos los días.

—Me hubiera gustado haber conocido a tu papá; yo no sé qué haré cuando mi papá me falte.

—No pienses en eso, es trampa mirar mucho al pasado y querer adivinar el futuro. Por eso creo que el mundo es redondo, para que sea un misterio el camino —le aconsejé al tiempo que ella se arremolinaba en mi hombro; descansábamos en una banca fría de la Alameda Central.

—Ay, el mundo redondo para no saber a dónde vamos y yo con estas cinco dioptrías —remató maravillosa. La abracé.

—¿Tienes cinco?

—¡No, tonto, es broma!

—A ver, préstame tus lentes para ponérmelos y decir: "Ay, sí estás bien ciega".

—Baboso.

Llevábamos saliendo un par de meses, que de alguna forma parecían un par de años. O al menos eso sentíamos nosotros, y en ese momento era lo único que importaba.

—¿Ya te conté que escribo de ti en mi próxima novela?

—la cuestioné entre un arrumaco de clara infracción y tarjeta roja.

—Ya, pero si me cuentas otra vez no te cobro esa flagrante e incuestionable mano dentro del área chica

—Alba tenía la respuesta exacta para todo—. Expulsé una carcajada tan sonora que opacó el horrendo *beat* del rapero verborreando a veinte metros de nosotros.

La redundancia de su nombre cuando su rostro me iluminaba los ojos al despertar me parecía una refracción maravillosa del espacio-tiempo, era como ser feliz dos veces, un hermoso eco que nunca se terminaba.

A Alba la conocí poco después de mi cumpleaños 30, fue en una presentación editorial en Chimalhuacán, Edomex, yo exponía un análisis del libro "Una pieza flotante en el aire" de Fernando B, publicado bajo el sello

editorial que fundé. Cuando la vi entrar, se me agolpó la voz al verla caminar, vigilé su recorrido entre las filas de asientos ocupados mientras afirmaba que Fernando B escribe desde otra época, la vi hallar un asiento vacío y se acomodó de forma sensual, desde ese primer día todo en Alba me pareció sensual. Su atención a mis palabras, esa mirada luminosa que se cruzó en ocasiones con la mía, y las sonrisas que le provoqué con un par de mis chistes intelectuales simples pero efectivos; Alba era el ser más bello e interesante que había visto en muchos años. De forma casi natural, Alba llegó a mi vida con un rocío que se convirtió en una hermosa y constante llovizna, me crecieron flores y sonaron pájaros en los sesos, la sequía había terminado.

La presentación terminaba, Fernando firmaba y dedicaba algunos ejemplares a la concurrencia, yo buscaba la manera de acercarme a Alba, presentarme ante ella y estrechar su mano. Mi introducción debía ser casual y nada apresurada o incómoda, como dicta mi código del seductor: "Cabeza serena, sonrisa segura"; la perdí de vista por un momento y cuando la encontré, ella ya charlaba con un individuo que rozaba los cuarenta años, sostenía un par de copas de vino, una en cada mano, y a leguas se le percibía en la mirada la necesidad incontrollable por aprobación femenina.

Observé a Alba, ella lo atendía con cortesía y en su mano derecha llevaba una botella con agua simple, ahí nació mi plan: Tomé otra botella con agua de la mesita de degustaciones y un ejemplar del libro que presentamos, me apresuré a interrumpir aquella charla, llegué justo cuando Alba se negó a aceptar la copa de vino, dijo que no bebía, enseguida interrumpí victorioso: "Nuestra generación toma agua simple", y les mostré mi botella, Alba sonrió y chocó su botella con la mía, "¡Exacto!", añadió, y yo rematé con un "salud", brindamos. Misión cumplida. Sin perder tiempo me dirigí al tipo ese y le dije que se había ganado un libro, se lo di y lo felicité, le recomendé se formara en la fila para que el escritor lo firmara, no tuvo más remedio que retirarse, lo vimos marcharse y luego nos miramos y sonreímos, "por cierto, mucho gusto, soy Claudio Santomé". Le extendí la mano. "Alba Galurdían, mucho gusto", devolvió sonriente el gesto. El brillo en sus ojos y la tesitura de sus palabras me iluminaron los pensamientos. Desde ese momento, todos mis días fueron dictados por su voz.

Ahora creo que fue un error poner su nombre en mi crucigrama. Ojalá nunca hubiera conocido a Alba. Fuimos felices durante año y medio, hasta la penumbra de abril.

Esa oscura y maldita noche Alba murió, corrió al arroyo vehicular para salvar a una niña que asustada

cruzó la calle, el semáforo estaba en rojo y un imbécil que nunca pisó el freno las embistió. Fue como si todas mis pesadillas se volvieran una, vi claro como el cuello de Alba se dobló de manera monstruosa, al tiempo que el rostro se le estrelló contra el pavimento, su cuerpo rodó y quedó ahí tirada de una forma descompuesta. La cara sucia, raspada y con hilos de sangre que le brotaban tempranos del rostro desde la cabeza, estaba justo frente a mí cuando su mirada se apagó, los ojos abiertos, en blanco. Alba ya no estaba, aquel cuerpo lacerado ya no le pertenecía, era como una muñeca de trapo sucia y roída abandonada en un basurero, olvidada para siempre.

En cuestión de un segundo, otro choque, el carro que mató a Alba y a la niña se había dado a la fuga pero fue impactado por una camioneta de valores en el cruce con la calle de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, corrí a toda la velocidad que mis piernas dieron para alcanzar al conductor y matarlo a golpes, o tal vez solo aprisionarlo para que no escapara más, pero cuando llegué al auto y espí por la ventanilla, descubrí que la lámina de una abandonada e inservible caseta de teléfono público con la que chocó le había rebanado el rostro y el cráneo, ese pobre diablo ya estaba muerto, los sesos le escurrían por los oídos.

¿Qué fue lo último que me dijo? ¿Qué fue lo último que me dijo? ¡Maldita sea! Intentaba recordar, la gente se

acercaba y comenzaban a grabar con sus teléfonos, y yo, en medio de aquella escena, quería rescatar los últimos momentos que tuve de Alba, pero no recordaba nada.

Reaccioné luego de algunos segundos, el tráfico estaba detenido en Eje Central, "porque una chica muerta y una niña están tiradas allá, pobrecitas", escuché decir a la distancia a una señora gorda que vestía un mandil sucio de cuadritos blancos con azul.

Tenía el pómulo un poco hinchado, el padre de Alba me golpeó impotente, lleno de rabia, sus reclamos se ahogaban inentendibles en un llanto inconsolable: "tenías que cuidarla", "yo confié en ti", "me quitaste mi vida, maldito cabrón". En los ojos de llanto desconsolado de ese hombre pude ver al niño que le temía a la oscuridad y que no quería estar solo otra vez. Aguanté dos golpes y antes del tercero abracé fuerte a Don Alejo, no le dije nada. La vida se me caía a pedazos, no podía sacarme de la cabeza que yo había matado a Alba.

Siempre he creído que la constante evolución de los seres humanos como individuos nos lleva a vivir bastantes vidas, etapas de nuestro paso por el mundo que distan muchas de las otras; y a menudo nos convierte en alguien que nunca más hemos sido y seremos. Uno mismo, a menudo, debe verse en el espejo y encontrarse con su nuevo yo; aquella noche de terror Claudio Santo-

mé murió junto con Alba Galurdían, y nació otro hombre, pero no uno nuevo, sólo distinto, porque ahora le faltaba un brazo, la mitad del corazón, se le sumaron recuerdos horribles y le nació una angustia que le nubló los sentidos.

Decía mi padre que la muerte es esa maldita monserga que está ahí siempre, jodiendo poquito y quedito, en las soledades y silencios de todos los días. Y cuando ya nos tiene hartos de tanto molestar, ni tiempo nos da de reclamarle, porque ya nos chingó bonito.

En un instante la muerte me arrebató el amor por Alba, con el brillo de su mirada se llevó mi faro hacia el futuro y desplomó un velo negro en todos los recuerdos hermosos que atesoraba de la taquería que visité durante toda mi vida. El recuerdo de mi padre comprándome una malteada ahora era acompañado por el tronar del cráneo de Alba contra el pavimento. En mis memorias audaces de infancia reinando la cima del juego mecánico más alto de la feria alledaña a la taquería, no sólo rememoraba contemplar a mis pies el humo de la carne y las tortillas calientes elevarse hasta la luz de los faroles y luego camuflarse con el smog de la Colonia Doctores, ahora también aparecía tendido en aquella maldita avenida el cuerpo descompuesto y ensangrentado de la mujer que amé.

Después no quise saber nada, el único vínculo que yo sostenía con la vida de Alba era ese, su vida. No asistí al funeral, no pensé en mantenerme en comunicación con su padre o sus amistades. Miré a otro lado. Alba me dolió en cada rincón de mi existencia, me dolía en las calles que recorrimos, en las puertas extrañas de todos los edificios viejos donde nos retratamos, y en los semáforos en rojo que aprovechamos para estrecharnos hasta donde la luz verde le daba tregua a nuestro amor.

Hola, ¿cenamos hoy? Me escribió Alba. Apurado le respondí que sí, que pasaba por ella a su oficina a las 7 p.m. Pero ella me invitó a llegar cuanto antes, pidió que le hiciera compañía durante dos horas mientras acababa su turno. Accedí; en esos tiempos ella significaba todo lo bello que me pudiera suceder en la vida, su sonrisa en la cual la luz siempre se quedaba ahí era un manantial infinito de cosas buenas, el analgésico perfecto para todo mal; recuerdo su voz educada que hacía cualquier tema interesante y su mirada cuando contemplaba, desafiaba a lo más bello del horizonte.

Su oficina olía a la madera fina de su escritorio y del librero que yo le había regalado, en dicho librero lucían los nombres de Yukio Mishima e Isabel Allende entre muchos otros, lo adornaban recuerdos de viaje, nuestra foto de cuando ella se graduó y el libro que yo

escribí tenía un lugar especial, la portada tétrica en escala de grises que contrastaba con todos los colores vivos de esa oficina me hacía sentir orgulloso. El aroma a madera se mezclaba dulce con el perfume cítrico que Alba acostumbraba en esas fechas del año. En el perchero solitario de la esquina, sólo su saco y su bolso.

Ella estaba en llamada, irrumpí silencioso en su oficina. Le miré con morbo las piernas que se adivinaban sublimes en esas medias negras y alcé mis cejas en repetidas ocasiones con complicidad, ella se aguantó la carcajada y giró en su silla para darme la espalda. Dejé mi mochila en el perchero y me senté frente a ella. Se giró para mirarme.

Entendido, mañana recibo las solicitudes y genero el reporte, Mariela —Alba hablaba con su jefa—. Es buena idea, debemos esperar a que hagan el corte a las tres de la tarde, para que todo ese trabajo salga a más tardar el viernes —seguía hablando—.

Me miró fijo, se mordió el labio inferior; otra vez, como siempre, me sedujo con una sonrisa de media luna y entonces no supe qué más decía, miré como se desabotonó un poco su camisa, sólo los dos primeros botones, y me guiñó un ojo. Luego subió sus largas piernas al escritorio, ya no lucía su elegante calzado, la piel blanca de sus pies se adivinaba perfecto entre el nylon negro

traslúcido de sus medias, recordé a Tarantino. Recorrí delicado sus piernas con la yema de mis dedos los minutos que duró su charla. Terminó su compromiso telefónico y ambos abandonamos apresurados nuestros asientos para encontrarnos en un beso, el calor de su boca y el jugueteo de su lengua encendió mis sentidos. Se detuvo e inclinó un poco su cabeza hacia atrás para contemplarme mientras sus manos me enmarcaban el semblante, le sonreí extasiado, besó mi pecho, luego en un arrebato me empujó al sofá y se sentó de frente sobre mí. Acercó su cara a la mía, me sentí afortunado de tener su bellissimo rostro amándome, tan cerquita. Me dijo que me extrañaba, no me dio tiempo de contestarle y comenzó a besarme lento. Fue raro, la excitación se convirtió en una emoción de felicidad que se quería desbordar, pero se contenía, se acumulaba y comenzaban a sonar canciones cursis en mi cabeza, luego la intensidad del beso subía y aquella emoción y felicidad se convertían poco a poco en lujuria, pero no lo permitíamos y bajábamos el ritmo de ese tango sensual entre dos lenguas que se conocen muy bien.

Alba y yo nos recordamos en ese beso cuánto nos amamos y cuánto nos amaríamos siempre. Fue un beso largo, bastante largo. Creo que jamás volveré a besar a nadie de aquella manera. No hubo necesidad de desves-

tirnos e ir más allá, fue esa tarde en una calle concurrida de la Colonia Roma, en una oficina montada en un departamento viejo remodelado de un edificio Art decó, que Alba y yo descubrimos otro lenguaje que tal vez ya conocíamos, pero entre el trabajo, la lujuria, lo cotidiano y la rutina, olvidamos en algún lugar de los días.

La dedicación que Alba imprimía en la limpieza era ajena al transcurso del tiempo. Aquel lugar donde Alba ponía su empeño, agua y jabón, conservaba su belleza y pulcritud para siempre. O era lo que yo pensaba, pues ya se habían cumplido dos años de la compra de su Prius blanco y el auto olía tan nuevo como el primer día. Aspiré profundo.

—Este carro siempre huele a nuevo, bien limpio, ¿quién diría que ayer nos dimos el agarrón de nuestras vidas en el asiento de atrás? —Alba escuchó y atinó a sonreír sin quitar la vista del frente, sostenía el volante con ambas manos, concentrada.

—¿Tacos del balín? —propuse.

—¿Sushi del que me gusta? —replicó.

—¿Piedra, papel o tijera? —lancé un reto.

—Pero siempre pierdes, baby —advirtió.

—La esperanza muere al último, reza mi madre; dos de tres —aventuré entusiasta.

Aquella ocasión, por única y última vez, yo gané.

Sobre la mesa dos de bistec para ella, tres de longaniza y tres de carne enchilada para mí, dos Cocas sin azúcar, una decena de servilletas, ocho cuartitos de limones y una jicarita con guacamole muy picoso. El sonido de los pasos del vaivén apurado de la mesera, a lo lejos el cuchillo del taquero repiqueteaba sobre la madera cortando la carne en pedacitos, el aceite hirviendo, las risas fuertes de los niños en la mesa de atrás, los carros sobre la avenida, el teléfono de Alba que no paraba de sonar, su padre la buscaba, ella nunca atendió a las llamadas. Pedimos la cuenta y salimos camino a su auto. La niña cruzó, Alba fue tras de ella, el semáforo seguía en rojo, un auto las arrolló.

¿Cuánta amargura puede caber en una calle vacía?

Todo ocurrió en un instante torcido del tiempo, de los que no avisan que van a quebrarte para siempre. El guacamole aún ardía en mi lengua cuando los cuerpos tocaron el asfalto. No hubo grito, sólo un silencio que mordió más fuerte que el golpe. El celular de Alba quedó vibrando sobre el asfalto, como si todavía quisiera avisarle algo que ella ya no alcanzaría a escuchar.

Desde entonces, cada vez que paso por esa esquina, no veo semáforos ni autos, sólo una niña cruzando, una mano estirada que no llega a tiempo, y la sombra de una decisión absurda: un piedra, papel o tijera.

Y pienso que tal vez uno no elige lo que gana, sólo
el precio que paga por haber ganado.

Porque hay juegos que no deberían jugarse nunca.
Hay calles donde el viento aún arrastra nombres.

Y los tacos siempre seguirán oliendo a despedida.

